

que sin humano auxilio quedaran libres de las ataduras proclamarían la victoria, entregándose como vencido el ejército contrario. Así lo verificaron. Dos jóvenes invocaban á los ídolos y los otros dos, instruidos por Ojeda, invocaban al Dios de los cristianos poniendo por intercesora á la Virgen Inmaculada no cesando de repetir: *Ave María, Ave María*. En aquel instante se cortaron las cuerdas de éstos, y entusiasmados dieron el grito de victoria. Con esto quedó perfectamente establecido el culto de la Madre de Dios.

Poco después Ojeda y sus compañeros fueron recogidos por Esquivel, gobernador de Jamaica, enviado por Pánfilo de Narváez (1).

El Padre Fray Bartolomé de las Casas, que es el que ha conservado memoria de estos hechos, añade una anécdota en que él mismo fué actor.

Un día, después de la partida de Ojeda, llegó á Cueiba y celebró la santa misa en la ermita, que estaba limpia como la plata, y asistió buen número de indios, que oyeron atentos la instrucción catequística que les hizo y le presentaron los niños para que los bautizase. Como tuviese gran deseo de poseer la famosa imagen de Ojeda por la estima en que la tenía este conquistador, propuso al cacique cambiársela por otra que llevaba consigo; pero éste dió respuesta evasiva, anduvo todo aquel día pensativo, y al siguiente no compareció. Al ir Las Casas á celebrar en el oratorio notó que la preciosa efigie había desaparecido del altar. El cacique, cogiéndola de noche, había huído á ocultarla en el bosque.

(1) Ojeda murió años después, desengañado del mundo por injusticias que cometieron los hombres. Se había acogido al convento de los frailes menores de Santo Domingo, y pidió que se le enterrara á la entrada del templo, para que su tumba fuese hollada por los que iban á orar y castigar así sus pecados capitales: el orgullo y la soberbia.

Inútilmente se le envió un mensajero asegurándole que no se le quitaría la reliquia. No salió del bosque hasta que supo que el Padre se había retirado del pueblo; entonces colocó de nuevo la estatua en el altar.

La devoción fué propagándose rápidamente, y era tanto el afecto de los indios á Nuestra Señora de la Caridad, que cada vez que los conquistadores se acercaban al cacicato, trasladaban la imagen al bosque y la escondían entre las espesas ramas de los árboles. Así se explica que en una de esas ocasiones los ríos salidos de madre arrastrasen la imagen hasta la bahía de Nipe, donde la encontraron los indios y el criollo.

IV

PRIMERA CAPILLA

Tres años permaneció la santa imagen en el templo parroquial, cuando un suceso, que se creyó milagroso, hizo conocer á los vecinos del Cobre que la Señora deseaba tener capilla separada. Una niña inocente, llamada Apolonia, yendo un día á buscar á su madre, que se hallaba en las minas, creyó ver la imagen bendita sobre una peña en el mismo sitio donde tiene hoy su altar. Bajó corriendo al pueblo dando voces de que la Virgen de la Caridad estaba en el cerro. Examinada por el párroco, dió respuestas al parecer tan sinceras, que se resolvió erigir una capilla de cujes y embarrado y cubierta de teja; pero hubo desacuerdo acerca del sitio donde debía erigirse. Unos querían que fuese en la misma roca donde la había divisado Apolonia; otros que en el lugar conocido por la Cantera; y no faltaron quienes se decidieron por un cerrito que está camino de Santiago. Como no era fácil conciliar tan diversas opiniones acordaron implorar las luces del Espíritu Santo.

En tres noches seguidas vieron tres columnas luminosas que parecían descender desde las nubes hasta el sitio donde dijo Apolonia que había visto á Nuestra Señora. Creyeron que ésta era la señal con que Dios mostraba su voluntad; pero como el paraje era demasiado fragoso, trataron de edificar la capilla á 190 pasos de distancia, sobre la mina que llaman del Ermitaño. Allí fué trasladada con inusitada pompa y universal regocijo la imagen milagrosa.

Mas pronto hubo de cambiarse de domicilio á otra capilla que se fabricó en el mismo sitio donde brillaron las luces. El motivo fué, que pasando debajo de la capilla una rica veta de la mina del Ermitaño, el administrador, velando los intereses del tesoro español, mandó enrasar el cerro y edificar nueva capilla; bien que salieron fallidas sus esperanzas, pues la veta de cobre se convirtió en cuarzo de difícil extracción y de escasa utilidad.

Para cuidar la capilla Dios proporcionó dos varones de acendrada piedad y desengañados de las vanidades del mundo. El primero llamábase Matías Olivera. Siendo muy joven, se había encontrado en la célebre batalla de Lepanto, que la armada cristiana capitaneada por D. Juan de Austria sostuvo contra los turcos desbaratándolos completamente, y luego pasó de soldado á Santo Domingo. De esta isla salió en una canoa con dos compañeros, y abordaron á las playas de Cuba. Éstos dirigieron sus pasos á Santiago, mientras él se internó en el monte, proponiéndose hacer vida solitaria.

Saliendo á cazar unos vecinos del Cobre oyeron repetidos ladridos de los perros hacia una cavidad del monte; fueron allá, y encontraron á Olivera, varón ya de edad proveya, con larga barba y casi desnudo. Dieron parte al Administrador, el cual propuso al solitario cuidase de la capilla de Nuestra Señora, encargo que

aceptó benévolamente, y hasta su muerte duró en el oficio, siendo favorecido con muchos milagros.

Muerto Matías de Olivera, la Santísima Virgen movió el ánimo del portugués Melchor Fernández Pinto, á que se dedicara á la custodia de su capilla. Fernández era comerciante, que traficaba entre Cartagena, Jamaica y Cuba. Un día cayó prisionero de los ingleses, que lo despojaron de todo lo que traía y lo arrojaron á las costas de Bayamo. Viéndose en este desamparo, iluminado por la gracia, resolvió hacer vida penitente y preocuparse únicamente de la salvación de su alma. Proyectaba edificar capilla á la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, que llevaba consigo y de quien era ardiente devoto, cuando llegó á confesarse con el docto chantre de la catedral de Santiago, el cual le aconsejó que más bien se consagrara á guardar la Virgen del Cobre, cuyo ermitaño acababa de fallecer. Provisto de recomendación del canónigo, obtuvo el destino. Pronto hizo construir un nicho de madera para la Señora, y al colocarla se arrojó á sus pies y le dijo: «Ea, Señora, aquí tenéis á vuestro esclavo, que ya no buscará más Virgen de los Remedios, porque en vuestra caridad los tengo todos; mostraos ser madre para mí, que yo desde hoy os llamaré madre mía de la Caridad y de los Remedios». Éste es el origen del título de los Remedios, que se añadió al de Nuestra Señora de la Caridad.

En los libros del santuario se refiere el siguiente prodigio que obró la Santísima Virgen por medio de este ermitaño. Agustín Luyala entregó á Melchor Fernández su hijo Domingo para que, viviendo en su compañía le instruyese en la ley y en el santo temor de Dios. Una tarde, sin licencia del ermitaño bajó al pueblo; pero con su poca experiencia, no vió un carro que venía cargado de metal; así es que cogiéndole la rueda, le oprimió la cabeza y las mandíbulas, con tanta fuerza,

que le produjo abundante hemorragia de sangre por boca, oídos y nariz, y los ojos se le saltaron de las órbitas, quedando casi como colgados. En tal estado lo llevaron al padre, que inmediatamente acudió al ermitaño. Éste con gran fe y lágrimas invocó á la Virgen de la Caridad, y con el aceite de la lámpara ungió los sentidos del moribundo, y luego, como quien despierta á uno que duerme, le llamó en voz alta: ¡Domingo! Al instante el niño abrió los ojos respondiendo: ¡señor ermitaño!

La fama del prodigio se extendió por todo el pueblo, contribuyendo á que se avivase el amor que profesaban á su Patrona.

V

EL SANTUARIO

Á la muerte del ermitaño Melchor Fernández, el Arzobispo de Santiago confió la guarda de la Capilla á capellanes. El primero de ellos fué el presbítero D. Onofre de Fonseca, que por la gran devoción que tenía á la Señora se cambió el apellido por el de Caridad. Increíble es el entusiasmo con que trabajó para acrecentar el culto. En el año 1703 escribió la primera historia de la aparición, que ha quedado inédita. Logró que dos acaudalados caballeros, D. Bartolomé Girón y D. Manuel Portales Ríos, fundaran capellanías para el culto de María y para la subsistencia del sacerdote encargado de la ermita. Pero su obra más meritoria y que le ha conquistado mayor renombre, es haber edificado el santuario y la hospedería para los romeros, que aún subsiste.

Viendo que de toda la isla y de otras regiones venían gentes á implorar las bondades de la Virgen de la Caridad, comprendió que la ermita era excesivamen-

te pequeña para el concurso; y así zanjó los cimientos del santuario en el mismo paraje donde la había visto la niña Apolonia y donde brillaron las tres columnas luminosas. Hállase, pues, situado el templo en lo alto de un cerrito que dista 430 pasos de la villa del Cobre, rodeado de un terraplén, el cual forma una plazoleta de 27 metros cuadrados, llena de plantas y flores. Se sube á él por suave cuesta de ladrillos con escalones de trecho en trecho. El templo es de una sola nave de 24,66 metros de largo por 8,15 de ancho. Las paredes están elegantemente pintadas al fresco y llenas de exvotos y ricos donativos. Hay cinco altares; el mayor es de piedra y mármol, casi revestido de plata, en su centro está el camarín de la Virgen. La imagen, que ya hemos descrito antes, está vestida con túnica ricamente bordada, y manto que pende de la cabeza. Está de pie sobre nube de madera. Además de la corona imperial de oro fino que ciñe su cabeza, tiene círculo de doce estrellas con una esmeralda en cada una de ellas. Con sus plantas huella media luna de plata y al respaldar campea el dorado y resplandeciente sol. El Niño tiene también vestido de valiosas telas y corona de oro con brillantes en la cabeza.

Las joyas que le han regalado sus devotos representan crecida suma de dinero. Desgraciadamente á principios del año 1899, manos sacrílegas, que no fueron de cubanos sino quizás de luteranos, enemigos de la fe católica, forzaron la puerta de la sacristía que da al campo, y no contentos con robar las alhajas, especialmente la corona y el resplandor de oro con piedras preciosas, cortaron la cabeza de la santa imagen que tenía un diamante en la frente y se la llevaron, como también el divino Niño. Espanto y horror causó en toda la isla el sacrílego crimen. Muy pronto se hicieron las debidas pesquisas para averiguar los autores del atentado; y

aunque no se logró descubrirlos, encontráronse las alhajas despedazadas y la cabeza de la efigie y el Niño intactos. Se labraron de nuevo y con los mismos materiales las coronas y el resplandor. Un sacerdote benemérito regaló otras de gran precio. Celebróse ostentosa función de desagravios, de modo que del mal resultó un día de gloria para la Virgen y de nuevos bríos para los católicos hijos de Cuba.

La fiesta principal del santuario se celebra anualmente el 8 de Septiembre con gran concurso. En años anteriores, según refiere el Dr. D. Vicente de la Fuente, durante los días de la novena y fiesta se colocaba la imagen en el centro de la iglesia y en altar portátil bajo trono de marfil y carey con adornos é incrustaciones de oro y plata rodeada de doce ángeles que sostenían antorchas en sus manos.

Al santuario del Cobre acuden fieles de toda la isla de Cuba y demás Antillas. Los pobres y los enfermos van en busca de alivio, y son innumerables los prodigios que se dicen alcanzados merced á la santa imagen, muchos de ellos hállanse consignados en las novenas impresas. Militares, eclesiásticos y sabios han ido allí á rendir homenaje á la Madre de Dios. El Venerable Padre Claret, al llegar en 1851 á tomar posesión de su diócesis de Santiago, procuró visitar á Nuestra Señora de la Caridad, y le consagró la grey que el cielo le había confiado. La devoción á la Señora se ha extendido mucho. En Guanabacoa hay cofradía y se celebra fiesta en el templo de Santo Domingo; tiene altar en la parroquia de Monserrat y en el santuario de Regla en Habana.

Uno de los más activos propagadores del culto de esta imagen fué el Padre franciscano fray José de la Cruz Espí, vulgarmente conocido por el P. Valencia, á causa de ser natural de dicha ciudad en España. La obediencia lo envió á Méjico de capellán de minas, y en 1813

fué trasladado á Puerto Principe de Cuba, donde vivió 25 años. Fundó la capilla de San Roque con hospedería de leprosos. Murió el 2 de Mayo de 1838. Su entierro fué un triunfo; le cortaban pedazos de hábito para reliquias, y hasta se refieren milagros obrados en esa circunstancia.

D. Gaspar Betancourt, conocido por el *lugareño*, decía á los leprosos:

Tristes leprosos, adornad de flores
La tumba en que reposa el noble anciano
Que siempre consoló vuestros dolores,
Que curó vuestras llagas con su mano.

Muros sagrados, do su voz piadosa
Por tantas veces resonó ferviente,
Proteged esa tumba y esa losa,
Conservadlas en paz eternamente.

El 25 de Agosto de 1851 el Venerable Arzobispo Claret reconoció el cadáver. Llevaba trece años de sepultado; y á pesar de la humedad del local se conservaba con la piel completa, lo mismo que el hábito y la estola morada (1).

Autoridades.—*Historia del santuario de Nuestra Señora de la Caridad* escrita por el capellán D. Bernardino Ramírez en 1830.—*Historia de la Aparición de la Santísima Virgen de la Caridad y de los Remedios del Cobre*, por el presbítero D. Tirso Sánchez y Cisneros, director de *El Católico*—Santiago de Cuba, 1902.

Tengo contraída deuda de gratitud con el M. I. Sr. Dr. Don

(1) Datos tomados de un artículo del Sr. D. Ildelfonso Rodríguez Fernández, publicado en *La Lectura Católica* de Madrid, 23 Febrero 1885.

Mariano de Juan y Gutiérrez, Deán de la Santa Basílica de Cuba, y antiguo profesor de Cánones en el colegio del Escorial en España, cuando lo dirigía el Venerable Claret, Fundador de la Congregación á que tengo el honor de pertenecer, quien me remitió el opúsculo del Sr. Sánchez y otras noticias especiales.

